El *retiarius* logra al fin su objeto, se detiene, y al ver á conveniente distancia á su antagonista, se precipita hácia adelante, despidiendo su red.

Esporo se agacha, y por segunda vez logra no ser cojido en el lazo. En seguida se lanza sobre Niger arrojando un grito de triunfo. Pero el ágil *retiarius*, ligero como el viento habia retirado su red, y poniéndola en los hombros, evita, corriendo de nuevo al rededor del circo, la intencion de su contrario, que no puede alcanzarle.

El pueblo rie y aplaude con frenética alegría.

Entre tanto, el *retiarius* ha puesto su red en órden y la vuelve á arrojar sobre Esporo, que aun consigue salvarse de ella. La red del *retiarius* y la cortante hoz del *mirmillo* hienden el aire con una rapidez y destreza admirables. El arte de la fuga, no es el menos extraño á la lucha: ambos se acercan, se evitan, procuran fatigar á su contrario por millares de vueltas, y pasan incesantemente del ataque á la defensa. Los espectadores, tomando unos parte por el *retiarius* y los otros por el *mirmillo*, hacen la victoria aun mas incierta, advirtiendo á cada campeon los ataques ó las astucias de su adversario, y animándolos con sus gritos y aplausos.

Esporo, en uno de los ataques dados por el *retiarius* para envolverle en la red, logró, como en los anteriores, salvarse; pero esta vez, mas ágil, descargó con su cortante hoz un golpe á la pierna de Niger, causándole una ancha herida.

El combate tomó entonces otro carácter.

Niger, no pudiendo huir, lucha de cerca, y para con su tridente los multiplicados golpes de su adversario.

Esporo, queriendo aprovecharse de la dificultad que su enemigo tenia eu cambiar de posicion, trata de describir á su derredor una rápida evolucion; pero no ha tenido en cuenta la desmesurada largura del brazo de Niger, y al aproximarse al coloso, las tres agudas puntas del tridente fueron á herir su pecho.

El desventurado gladiador se postró un instante bajo el peso de su cuerpo, y ya no pudo volverse á levantar.

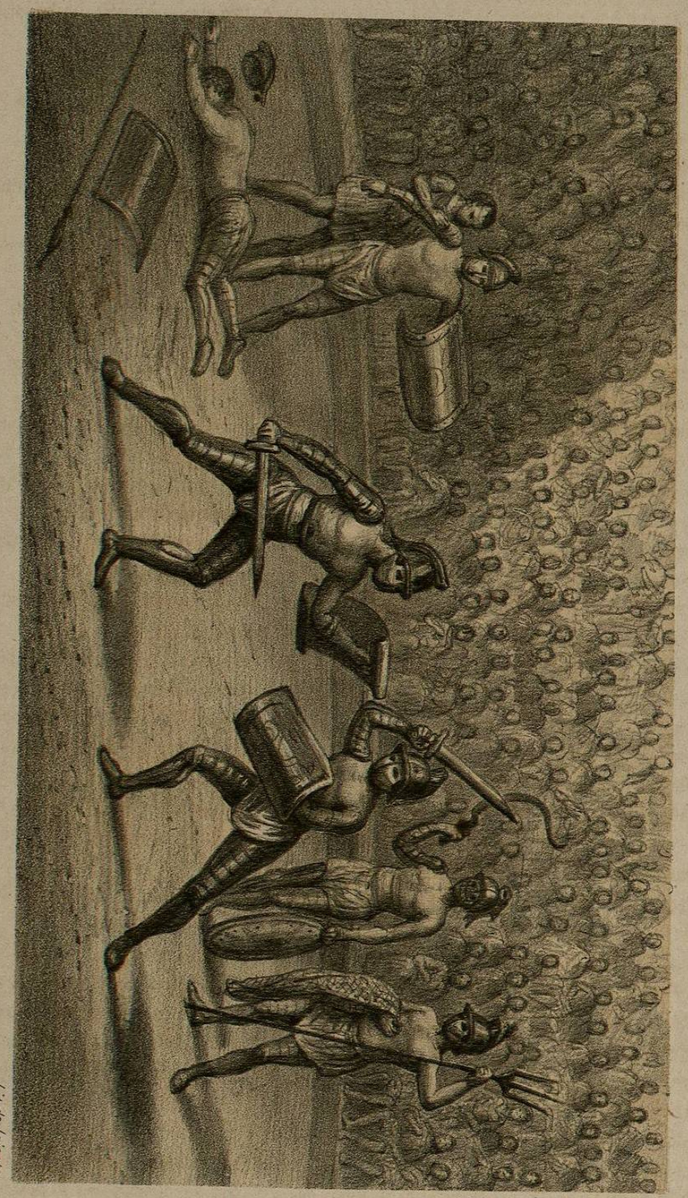
La terrible red le envolvia por todas partes, quitando el movimiento á sus miembros y reduciéndole á la impotencia.

Entonces manifestó que se reconocia vencido, bajando los brazos.

Niger, orgulloso del triunfo, paseó su mirada por toda la asamblea, esperando que los espectadores pronunciasen el fallo sobre la vida ó la muerte del desgraciado que enrojecia la arena con su sangre.

Esporo vencido; pero abrigando una dulce esperanza de piedad, envió una mirada triste y suplicante á las cerradas hileras de la multitud, á quien para divertir, habia expuesto su vida; pero su esperanza se desvaneció muy pronto. Solamente unos cuantos espectadores, entre ellos la hermosa actriz Flora y la encubierta, movidos unos de compasion, y otros del valor que durante la lucha habia desplegado, levantaron las manos, acercando los dos pulgares, indicio de absolucion; pero la buena voluntad de aquellos pocos fué impotente. El resto del pueblo no levantó sus manos en señal de gracia y misericordia. Una cruel inmovilidad, un silencio de muerte pesa sobre aquella multitud inhumana que con su actitud le condenaba á perder la vida.

Aun las Vestales, aquellas castísimas vírgenes, modelo de virtud y de pureza, en vez de manifestarse favorables al vencido, presentaron los dedos pulgares hácia abajo, para ordenar la muerte del vencido.



LOS GLADIADORES EN EL ANFITEATRO

Lit de Inarte

Niger, viendo que la sentencia estaba dada, se aproximó al desgraciado, cuya sangre enrojecia el suelo, y colocando sobre su estómago las tres agudas puntas del tridente, esperó, á que una especie de verdugo, armado de una espada corta y ancha se presentase, para ayudarle á dar una muerte pronta al vencido, pues con solo el tridente se hubiera hecho larga y dolorosa.

El verdugo se acercó marchando lentamente.

Al estar junto al caido, consultó lo que hacer debia, enviando á su vez otra mirada á los espectadores. Pero estos permanecieron impasibles y mudos.

El decreto de muerte estaba pronunciado.

La espada brilló en el aire, el tridente se hundió en el vientre del vencido, y una víctima mas se inmolaba al feroz entretenimiento del circo.

Mil gritos de alegría acompañaron aquella ejecucion, como acompañaban á todas; gritos de regocijo qne salian de todas las gradas sin excepcion.

La vista de la sangre de los que estaban tendidos en la arena, empezaba á despertar la animacion del público.

Una lluvia menuda y odorífica, saliendo de varios conductos del anfiteatro, refrescó la atmósfera, templando el calor agradablemente.

Esta deliciosa lluvia, que en todos los espectáculos se disfrutaba, se repetia constantemente durante los cortos instantes que trascurrian de una lucha á la otra.

Al combate del *retiarius* y el *mirmillo*, siguió inmediatamente el de los *laqueatoris* ó lazadores. Esta lucha diferia de la precedente en que los dos adversarios iban armados de un lazo con el cual trataban de extrangularse mútuamente. Por arma defensiva no llevaban mas que una rodela de cuero.

A la lucha de estos, que acabó con la muerte de uno, ahogado por el lazo del otro, siguió otra en que los combatientes se manifestaron poco resueltos y valientes.

Los espectadores, al ver su indecision y temor, les dirijian palabras para animarlos; pero al ver que correspondian mal á su deseo, el pueblo, juzgándose desairado y ofendido por ellos, estalló en gritos de amenaza que hicieron estremecer el anfiteatro. Entonces los *maestros*, armados de correas y de vergas, se acercaron á los tímidos combatientes, les picaron con láminas de fierro encendido, consiguiendo así volverlos mas intrépidos.

Obligados á combatir para evitar que los martirizaran, se acometieron á la vez con sus espadas, y parando mal cada uno el golpe de su contrario, cayeron ambos á tierra heridos gravemente en la cabeza.

El pueblo, para vengarse de la cobardía con que habian luchado, les dirijió mil insultos, recreándose en verles espirar revolcándose en la sangre que brotaba de sus heridas.

La señal de un nuevo combate sonó en el acto, y los dos gladiadores que habian ido de Roma á Pompeya con el objeto de combatir, como antes dije, se presentaron en la arena.

Ambos iban armados de espada, el brazo derecho cubierto de un brazal pintado de azul, y empuñando en la izquierda un *clypeum* ó escudo. Un casco alado, pintado tambien de azul, con una cimera adornada con crin roja, defendia la cabeza; una escarcela de fierro, y unas *ocreæ* ó botines de fierro, uniendo la escarcela encima de la rodilla, cubria la parte delantera de la pierna, dejando la parte baja del pié descubierta. El resto del cuerpo lo ostentaban desnudo, y sobre el pecho llevaban una esponja para estancar la sangre de sus heridas.

En los movimientos y la arrogancia de aquellos dos romanos, se dejaban ver la destreza, la pujanza y el valor.

Con el que quedase vencedor era con quien Lidon tenia que combatir, como lo habia dispuesto el edil Panza.

La encubierta tembló al considerar en ello.

Los dos adversarios se hallaban colocados frente á frente.

Ambos se amenazaban con la espada, y se observaban con extrema prudencia.

Lidon, dispuesto para ocupar el puesto del que quedase vencido, y vestido con el mismo trage que ellos, observaba tranquilo el combate, descansando sobre sus armas.

Poco á poco los combatientes se fueron enardeciendo.

Sus movimientos se hicieron mas precipitados, los golpes fueron mas continuos sobre sus broqueles y sus cascos; y muy pronto el de mas edad, por una diestra maniobra, obligó á su enemigo, menos experimentado, á cubrirse, y su espada, dirijiéndose rápidamente á la parte que habia dejado descubierta, atravesó de parte á parte el pecho del desgraciado, que espiró en el mismo instante.

Mil aplausos resonaron en el aire saludando al vencedor, sin que nadie tuviese una palabra de compasion para los muertos y los heridos que enrojecian la arena con su sangre.

Durante aquellos aplausos, el vencedor se quitó el casco para secarse el sudor de la frente, y dejó ver un rostro vigoroso y severo, un cútis quemado por el sol, barba negra y corta, cabellos rizados, y unos ojos negros y llenos de fuego, donde brillaba toda la fiereza romana, exaltada por la embriaguez del triunfo.

Lidon avanzó entonces á la arena.

La encubierta palideció de terror y se apoyó en la actriz Flora.

Otro hombre, que en el combate que habia sostenido el jóven gladiador, y en el que acababa de terminar de los romanos, habia tomado un vivísimo interes, y que durante el resto del espectáculo se hubiera dicho que olvidándose del sitio en que estaba se entregaba á una profunda meditacion, se estremeció de horror.

Aquel hombre era Medon. El viejo esclavo de Diómedes; el padre del noble gladiador que tantas veces habia defendido á Nicea.

Los cristianos no asistian jamas á esos espectáculos crueles, que mas tarde debia abolir la religion cristiana; pero el anciano Medon se vió obligado por su cariño paternal á presentarse en el anfiteatro.

El jóven se habia lanzado á la arena para comprar, con el precio de la victoria, la libertad de su anciano padre, que gemia esclavo, y el pobre Medon, que no le habia podido disuadir de su empresa, manifestándole lo malo que era verter de cualquier modo la sangre del prójimo, se vió arrastrado por el amor paternal al sitio en que su hijo exponia la vida por conseguir su libertad.

La situacion de Medon en aquellos instantes era violenta y terrible.

El desventurado anciano seguia lleno de ansiedad, con emocion indecible, los cambios favorables ó adversos de su hijo.

En los momentos en que Lidon combatió con Tetraide, su anciano padre experimentó las mas punzantes alternativas de esperanza y de temor.

Despues, pasado el peligro, permaneció inmóvil y con los ojos bajos, rogando con fervor por la vida de su hijo, y sobre todo, por la salvacion de su alma.

Pero aquel reposo no podia ser duradero.

En el momento en que los gladiadores romanos iban á encontrarse en presencia uno de otro, Medon se levantó de repente, y lanzó hácia la arena una mirada inquieta y escudriñadora.

Una reflexion súbita acababa de recordarle que aun tenia que luchar su hijo, segun lo habia declarado el edil, con aquel que quedase vencedor, reemplazando al que fuese puesto fuera de combate.

El afligido anciano seguia, por lo mismo, con avidez cada movimiento de los dos antagonistas, y en la agitacion que de él se habia apoderado, no dedicaba ni un solo pensamiento á su libertad, que debia ser el fruto de la victoria de Lidon, sino que su memoria estaba fija en su hijo, cuya vida le interesaba mas que la suya propia.

Sin embargo, una esperanza acariciaba la mente del anciano.

Pensaba que su hijo, al ver sus cabellos blancos y su afliccion, desistiria del fatal proyecto que una adhesion filial le habia inspirado.

La señal del combate sonó.

El anciano Medon levantó los ojos al cielo implorando para su hijo el auxilio divino.

La encubierta, pálida como un cadáver, estrechó la mano de la actriz Flora.

Lidon empuñó su espada, embrazó el escudo, y se colocó enfrente del formidable romano.

Iba á ocupar el puesto del vencido.

Su contrario no podia ser mas temible y fuerte.

El simpático jóven fué acojido por un murmullo de aprobacion que se extendió de asiento en asiento, y que parecia expresar al mismo tiempo el sentimiento de dolor, anticipando la funesta suerte que todo el concurso creia le esperaba.

El mismo Panza participó de aquella emocion, y aproximándose á Lidon, le dijo que podia, sin rubor, rehusar la lucha con un contrario tan formidable, y darse por satisfecho con la victoria que habia alcanzado al principio.

En aquel momento el jóven gladiador descubrió por la primera vez, entre el concurso, el rostro pálido de su anciano padre que, levantando los ojos al cielo, parecia implorar para su hijo la misericordia celeste.

Al ver la afliccion del anciano, el jóven pareció titubear; pero la idea de la esclavitud de su padre se presentó de nuevo á su imaginacion, y levantando arrogantemente la cabeza, sin mirar ya al sitio en que se encontraba Medon, declaró en voz alta que combatiria con el romano, por honor de los gladiadores de Pompeya.

El pueblo acojió con entusiasmo aquella resolucion.

Puesto uno frente del otro, el romano culculó, con una mirada, la fuerza de su antagonista, y simuló algunos golpes para ver si acudia á pararlos con rapidez y maestría.

Lidon vió en aquellos ataques falsos, la destreza y el saber que hubiera envidiado el mas afamado *lanista* ó maestro de esgrima, y la pujanza de un guerrero.

El romano, por su parte, comprendió, en la manera de acudir de Lidon, que tenia que habérselas con un adversario cauto y entendido. Entonces meditó un golpe favorito que tenia, y que siempre le habia dado felices resultados. Para conseguirlo, hizo algunas fintas rápidas y notables; y cuando juzgó que Lidon menos lo esperaba, le dirijió un golpe formidable que retumbó en todo el anfiteatro.

La encubierta y el anciano Medon dejaron escapar á un tiempo un grito de terror.

¿Qué habia pasado?

Mas tarde lo sabremos. Por ahora nos vemos obligados, para que la relacion de los hechos marche unida, á ocuparnos de otros personajes de nuestra obra que en esos instantes se hallaban fuera del circo.